



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Vogl, Joseph

Tiempo del saber : los fines de siglo desde el 1800 en adelante



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Vogl, J. (2008). *Tiempos del saber: los fines de siglo desde el 1800 en adelante*. *Redes*, 14(28), 175-188.

Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/464>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

TIEMPO DEL SABER LOS FINES DE SIGLO DESDE EL 1800 EN ADELANTE

JOSEPH VOGL*

RESUMEN

El trabajo analiza la temporalidad del saber y la manera en que los cambios de siglo se inscriben en los saberes. A partir del estudio de los enfoques epistemológicos de Buffon, Humboldt y Charcot, el artículo establece distintas aproximaciones a la problemática del tiempo en las ciencias. En especial, se analizan los cambios de siglo hacia el 1800, el 1900 y el 2000, fechas en las que se constituye otro saber del tiempo y, en consecuencia, otro tiempo del saber.

PALABRAS CLAVE: TEMPORALIDAD – HISTORIA NATURAL – HISTORIA DEL SABER.

I

Los umbrales, y las experiencias de cruzar el umbral, no suceden, sino que se hacen, se escriben. Y toda vez que la historia, como observó Reinhart Koselleck (1979), en tanto colectivo singular lleva a la ambivalencia del hacer historia, escribir la historia; es decir toda vez que devienen intercambiables el contexto de un acontecimiento y su representación, no puede pensarse una fecha o la fecha de otra manera que en su inherente duplicidad: en tanto inscripción en lo real o como lo real de la escritura. La fecha, lo datado, lo dado sólo deviene irreversiblemente algo que se repite en tanto se da; se caracteriza por su repetición interior, podría decirse también: por su deterioro interior. Nunca la fecha es algo que ocurra por un lado, como acontecimiento y que aparezca, por el otro, como un momento de nuestro saber. Habría que hablar por ello de la doble ocurrencia de cada fecha dada y única, de una doble ocurrencia que consiste en que la historia como acontecer y la historia como saber remiten una a la otra en un círculo irresoluble. Es por eso que, a más tardar desde fines del siglo XVIII, todo saber ocurre irrevocablemente en el tiempo; es por eso mismo que cada saber del tiempo también dicta un tiempo del saber. Y es por eso mismo que todo saber de los cambios temporales incluye el cambio que el tiempo opera en y con nuestro saber. De esto se hablará en el presente trabajo, de un tiempo que no escapa a su

* Profesor de Literatura y de Ciencias Culturales en la Universidad Humboldt, Berlín.

carácter fechado, es decir a su tiempo y a su temporalidad; también se tratará la pregunta acerca de cómo los cambios de siglo se relacionan con aquel cambio que el tiempo lleva a cabo en el saber; finalmente, se tratarán tres cambios temporales que vienen ligados con tres cambios de tiempo, el 1800, el 1900 y el 2000 –fechas en las que se constituye otro saber del tiempo y, en consecuencia, otro tiempo del saber.

En un principio, todo parecía estar dispuesto en un bello orden. Cuando Alexander von Humboldt se acerca a la cornisa de una meseta tropical, cuando presenta una estadística sobre Nueva España o bien un panorama del cosmos, en todo momento apela a una sinopsis ordenada en la que las partes se integran entre sí dando un todo coherente. Es una notoria “mirada desde la cumbre” con la que Humboldt organiza la heterogeneidad de sus masas de datos y sus mediciones, una mirada que recuerda el *to eusynopton*, aquello que en la poética aristotélica se considera bello, que es cuando la mirada abarca la totalidad. Lo que Humboldt le entrega en 1809 a Carlos IV, rey de España y de las Indias Orientales y Occidentales, es un ensayo cameralístico sobre el estatuto, es decir sobre el estado de Nueva España, un ensayo que se inscribe en el linaje de las apodémicas de la antigua Europa, de la ciencia del Estado iluminista y de las tablas sobre el Estado de Leibniz, un compendio que constituye un registro total del cuerpo político a través de los datos sobre territorios, población, instituciones, oficios y recursos. Se trata de un “cuadro estadístico”, como lo denomina Humboldt, que se eleva desde los detalles dispares para brindar una “visión más general de las cosas”, hasta llegar a una descripción sumaria del Estado. Lo mismo sucede en el *Kosmos* (Humboldt, 1845/1862) si tomamos en serio las observaciones preliminares de Humboldt, su extraña obra se va aproximando a través de la escritura al punto límite de la representación donde se da una “visión de la totalidad de la Naturaleza” que es como una mirada “desde las cumbres montañosas”, que presenta lo que es inmutable a lo largo de todos los cambios y la unidad dentro de la multiformidad. Todo ello como en un cuadro panorámico en el que se delinea la construcción de un orden empírico, donde las cosas empíricas retornan sin fisuras en su representación; podría decirse con Michel Foucault (1966) que se entrega aquí lo continuo del ser.

Pero naturalmente, todo esto solo ocurre en apariencia. Porque por más que Humboldt haya estudiado Administración Cameralística (como lo hizo en la Academia de Minería de Friburgo), por más que se conciba como heredero de una historia natural general y que suscriba a un ideal de la representación a la manera de Buffon, tanto más se han deteriorado las epistemes de la cameralística y de la historia natural –un deterioro que llega hasta la misma noción de escritura y de registro para Humboldt. Los ejemplos resultan conocidos. En la misma medida en que Humboldt evoca en *Ansichten der Natur* de 1807 “la impresión

totalizadora del cuadro”, en contraste con la molesta acumulación de masas de datos, esa perturbación prolifera en las notas al pie, se multiplica de edición en edición, hasta constituir en 1849 dos tercios del texto que de ahí en más permanece inconcluso. Y en la medida en que *Kosmos* está dedicado a aquellos “rayos múltiples” en los que “todo el saber sobre la Naturaleza se concentra como en un punto focal”, los cinco tomos sólo habrán de avanzar a través de correcciones y enmiendas, para terminar estallando en una colección heteróclita de materiales. No se trata solo de un problema de cómo escribir que tendría que ver con el hecho de que todo está relacionado con todo, mientras que la escritura, en palabras de Humboldt, busca establecer “una concatenación no solo en dirección lineal, sino en un tejido reticular”. Antes bien, lo que vuelve imposible tanto el cuadro cerrado de datos estadísticos como una mirada sinóptica sobre la Naturaleza, vale decir, aquello que penetra los espacios de datos de Humboldt, los disgrega y los sustrae a una representación transparente, es el silencioso trabajo de un tiempo al que tampoco escapa el saber universal de Humboldt.

Eso se manifiesta en la confrontación con el programa con el cual Buffon todavía organizaba la cohesión de su historia natural general. En efecto, a pesar de que a la hora de observar las cosas, las especies y los géneros, Buffon se encuentra con una masa fracturada de manifestaciones de la *Naturaleza*, a pesar de que la constitución de los cuerpos mundanos y de los seres no es ni homogénea ni continua, a pesar de que las correlaciones están interrumpidas, a pesar entonces de que el ojo atento solo se encuentra con los sedimentos dispares de un inmenso “archivo”, el sujeto del saber siempre habrá de volver a aquel lugar en el que, como comenta Buffon, los continentes todavía no están separados y todavía no han ocurrido los primeros cambios. Dicha historia natural busca, entonces, lo atemporal e inmutable en el devenir temporal; busca en el desorden de lo visible las huellas de las correlaciones continuas de la *Naturaleza*, y lo hace con los matices graduales de las similitudes y las diferencias, con ayuda por ende de conceptos cuya verdad se mide en vistas de su continuidad sin grietas. Dicho en otros términos, la historia natural del siglo XVIII solo existía en la medida en que volvía a traducir la dispersión real de los fenómenos en las sucesiones regulares de la *Naturaleza* misma; recurría para ello a una visión panorámica que disolvía las casualidades cronológicas y geográficas en las vecindades naturales del espacio taxonómico: esa es la mirada panorámica que Buffon identificaba con la mirada primera y sin recuerdos de una estatua que se despierta, una mirada “que en efecto todo lo había olvidado o se había despertado apenas viendo los objetos que la rodean”.

Muy distinto es el caso de Humboldt, a pesar de todo lo que adopta de Buffon. En la segunda mitad del siglo XVIII, la edad de la Tierra no solo ha saltado de un par de milenios de historia de la Creación a un par de millones de años; no

solo se ha abierto un abismo temporal. Mirando con mayor exactitud, se notará también que en los seres se manifiestan múltiples oscilaciones, desarrollos inconclusos o detenidos, atrofas o incluso órganos nuevos, en todo caso rasgos que ya no son o todavía no son o que se encuentran en una particular transformación. Más aun, la mirada panorámica y la visibilidad solo constituyen testimonios altamente dudosos, como señala Humboldt en sus observaciones sobre la formación de la Tierra. Cada medición del planeta deberá ser completada por otra medición; esta a su vez corregida, hasta que finalmente se obtengan determinados datos sobre valores promedio y estos a su vez solo indiquen determinadas tendencias mutables. Si una fecha de la historia natural solo aparece bajo la condición de que, en palabras de Humboldt “en el curso de las manifestaciones, el presente se alinee con el pasado”, esto tendrá que ver con fuerzas en principio invisibles. Toda representación es un corte actual a través de procesos que enfrenta las formaciones de la Naturaleza con las huellas de pasados remotos. Humboldt escribe: “Al comprender la Naturaleza, lo que es [...] no puede ser separado por completo de su devenir; puesto que no solo lo orgánico está sometido ininterrumpidamente a un devenir y desvanecerse, sino que toda la vida terrestre evoca, en cada estadio de su existencia, todas las etapas que ha atravesado previamente”. Si Humboldt aparece en todo momento como un fiel discípulo de la orictognosia, el conocimiento de los fósiles iniciado por Abraham Gottlob Werner en la Academia de Minería de Friburgo, en sus descripciones geológicas y geográficas subraya estos giros temporales de la historia natural y terrestre. La estructura de la Tierra se presenta como una no simultaneidad disgregada, como una sedimentación de capas en las que están encerradas creaciones irrevocables, novedades y deterioros de todo tipo. Todo presente está atravesado por incontables pasados; Humboldt anota: “El geognosta [= geólogo] no puede aprehender el presente sin el pasado. Ambos se interpenetran y funden en la imagen natural del globo terrestre, del mismo modo en que en el vasto campo de las lenguas, el etimólogo encuentra en el estado anterior de las formas gramaticales su devenir y su configuración progresiva, y ve reflejado en el presente todo el pasado de la formación de la lengua”.

Es decir que la mirada ordenadora se encuentra con invisibilidades acumuladas; y el intento de una representación coherente se topa con un inconmensurable que abarca también un tiempo archivado en las cosas, un tiempo que sigue actuando, que ha sido consumido, que ha sido olvidado. Ese tiempo se resiste a la representación ordenada. Las cosas de la Naturaleza no aparecen como formas o configuraciones, sino como productos en sentido estricto, como resultado de procesos dinámicos, de desarrollos y atrofas, de condensaciones y combustiones, que se manifiestan en su radical heterogeneidad frente a los signos y representaciones que dan cuenta de ellos (eso parece ser lo particular de aquellas “fuerzas subterráneas” del vulcanismo, que a pesar de todo el rechazo de Goethe, se deli-

nean en las formaciones del presente como “relatos de un mundo anterior”. Las formaciones visibles de la Naturaleza han sido generadas y son atravesadas por fuerzas invisibles en las que se manifiesta el efecto del tiempo y de la historia.

Por eso, la historia natural de Buffon y la historia de la Naturaleza de Humboldt no se encadenan en un mismo espacio del saber sobre la historia natural, sino que se enfrentan como antítesis irreconciliables, o mejor dicho: ya no están conectadas por un horizonte común de un saber sobre la Naturaleza. Mientras que en Buffon, la aparente continuidad de los hechos naturales cuaja en el orden continuo y abarcable de la historia natural, en Humboldt todo fenómeno tangible se disuelve en un juego de heterogeneidades y en “abismos de profundidad aun insondable”. Lo que parece estar próximo y ser abarcable, está separado por eras de tiempo. La forma de la Naturaleza es su devenir perpetuo y el saber de este tiempo está marcado también por un tiempo que pasa, que vuelve inciertos sus signos y conceptos: ese es el sentido de aquel enunciado de Humboldt que plantea que la “historia de las ciencias físicas”, su carácter interminable y su “indetenible progreso” se funde con “la historia del Cosmos”. La fuga del tiempo puede ser considerada en Humboldt como un límite del saber, como una frontera en la que se constituye y desvanece lo sabido. Eso da por resultado un texto que persigue una autorrevisión de lo sabido y que apela en su estructura proliferante a un no-saber agudo, a un agudo aún-no-saber. Se traza así un horizonte del saber, se traza así un horizonte *en* el saber, que constituye a su vez la relación entre tiempo y saber propia de la época del 1800, tal como se manifiesta también en Humboldt: el saber de la temporalización y un saber temporalizado se tocan y dan por resultado aquel círculo que define el estatuto precario de los sujetos cognoscentes.

El problema quizás podría ser formulado de la siguiente manera: hacia el 1800, lo que estaba en cuestión eran enunciados que llevan inscriptos en sí, además de su pretensión de verdad y validez, el índice de su actualidad y temporalidad. Todo enunciado conlleva un exceso temporal que, de manera intencional o no, manifiesta el carácter limitado de su modo de ser histórico. Toda legitimación del saber arrastra la sombra de su contingencia histórica; uno se topa aquí con una duplicación que remite al sujeto del saber a las limitaciones positivas de aquello que no escapa a saber de su acontecimiento. Naturalmente, todo eso puede ser comprendido como aquel giro que se ha dado en llamar el surgimiento de una conciencia histórica. Aun así, puede formularse aquí una primera tesis algo diferente, y acaso no del todo inesperada: lo que caracteriza la relación de tiempo y saber hacia el 1800 es un *tiempo de los aprioris históricos*, en tanto los discursos, además de sentido y verdad, poseen sobre todo una historia. Cuando uno se refiere hoy en día al 1800, al umbral del siglo, uno hace referencia a una fecha doble y ambivalente, una fecha que abarca diferentes contenidos temporales y aconteci-

mientos. Por un lado, esta fecha es un notorio umbral, la ocasión de mirar en retrospectiva sobre el siglo pasado –como cuando Humboldt en 1797 se preguntaba, en relación con el siglo XVIII: “¿Dónde estamos? ¿Cuál etapa de su arduo y esforzado camino ha recorrido la humanidad? ¿Se halla en la dirección que lleva al fin último? ¿Y cómo ha logrado avanzar en esta dirección?”. Y a la vez “el 1800” es una fecha que no termina de pasar, una fecha que junto con el estado de un saber también genera la actualidad de su enunciación, repitiendo una y otra vez el carácter de época de un período dado. Lo expuesto puede ser considerado como una perífrasis de aquello que se conoce como “modernidad”. Sin embargo, parece decisivo que el cambio de siglo del 1800 no es sinónimo de una consecuente historización del saber; al mismo tiempo da lugar a un movimiento que genera, en la historia del saber, una forma de ser contingente del presente actual, señalando de esa manera el comienzo de una historización de nosotros mismos. Esa es la figura a la que se dirige la tesis de un tiempo del *a priori histórico*.

II

Naturalmente, ese tiempo habrá de durar más allá del siglo XIX; naturalmente, ese tiempo del saber histórico seguirá determinando una filosofía del saber y una manera de pensar el tiempo: Friedrich Nietzsche constituye uno de los casos más descolantes. Y aun así, hacia el 1900 parece advenir otra temporalidad y otra problemática del tiempo, una relación diferente del saber y del tiempo. Las condiciones para que ello ocurra son de índole más bien tecnológica y burocrática y pueden ser subsumidas bajo el título de un “debate sobre el tiempo normal o universal”. Los actores de dicho debate son las compañías ferroviarias, los ingenieros y los militares. Tras la extensión de las vías ferroviarias y las redes de telégrafos, hacia fines de siglo XIX comenzó a extenderse el problema de cómo garantizar un horario único de estación en estación, de conexión en conexión, de noticia en noticia. Hacia 1890, en el *Reich* alemán toda ciudad de dimensiones tenía su propio horario local; hacia 1880, quien viajara de Washington a San Francisco tenía que ajustar su reloj unas 200 veces. En ese desorden temporal, los ferrocarriles funcionaban como “grandes relojes nacionales” (como observó el economista Gustav von Schmoller) que llevaban el horario de la capital a las provincias, trazando verdaderas huellas temporales a través de los territorios. Es conocida cuál fue la solución del problema: en 1883, las compañías ferroviarias impusieron en los Estados Unidos un horario unificado; en 1893, a raíz de una intervención del mariscal von Moltke, en el *Reich* alemán se introdujo una hora unificada centroeuropea; a la madrugada del 1º de julio de 1912, desde la Torre Eiffel se transmitió la primera señal horaria mundial. La fecha del “1900” sería

entonces la fecha de la fechabilidad a escala mundial, una fecha a partir de la cual podrían definirse y coordinarse todos los lugares y acontecimientos del mundo de manera unívoca. Pero no es ese el aspecto decisivo. Llama la atención que sea justamente bajo ese régimen del tiempo universal cuando aparece en distintos lugares la pregunta por la existencia, la experiencia y la representación de otras formas temporales divergentes que se transforman en una fecha eminente del saber. Los ejemplos resultan conocidos: sea la *durée* de Henri Bergson, sea la “*mémoire involontaire*” de Proust o sea aquello que la fenomenología denominará luego “presente condensado”: todos estos conceptos más o menos relacionados parecen remitir al hecho de que bajo el dictado del tiempo estándar, hacia el 1900 comienza a delinearse algo que podría denominarse una antinomia de dos temporalidades, de dos formas temporales antagónicas; el tiempo del saber hacia el 1900, esta sería una segunda tesis provisoria, se caracteriza por una estructura antinómica.

La tesis habrá de ser explicada con dos ejemplos. El primero es un relato que se refiere a una confusión libidinal, a una relación con el tiempo y con el saber. Dicho relato es célebre entre otras cosas porque ingresó en la historia del psicoanálisis como su acta fundacional. Es la historia de Anna O., o mejor dicho: la historia de Berta Pappenheim que Breuer (1875) refiere en *Studien über Hysterie*. Resulta conocido cómo comienza el relato: parálisis y contracturas; trastornos y pérdida del lenguaje; la incapacidad de expresarse en alemán, la limitación al inglés; anestias y somnolencias crónicas... Si aquí se delinean los síntomas de la histeria según el manual ilustrado de Jean Martin Charcot, también es previsible el final de la historia. Tras llevar a término lo que Berta Pappenheim misma llamó su “*talking cure*”, Breuer puede concluir: “Desde entonces goza de perfecta salud”. Sea como hubiere sido el verdadero final de esa historia, en su transcurso se manifiesta que se trata en todo sentido de una historia sobre el tiempo y las formas temporales que se refieren al problema, a la intriga y a su resolución. Es que los dos estados notorios de la histérica, la de la vigilia y la *condition seconde*, se caracterizan por liberar en sus puntos de contacto extrañas patologías cronológicas: la falta de tiempo que lamenta Anna O., la desaparición de intervalos, la incapacidad de reconocer las manecillas del reloj. Y de manera más aguda, se manifiestan en el siguiente episodio. En los años 1881/1882, la vida de la histérica se articula en un notable desfasaje temporal. Ante los incidentes más nimios, Anna O. se sale del presente del invierno europeo de 1881/1882 para caer en el mismo día del invierno del 1880/1881. Quiere salir de una habitación y se choca contra una estufa porque en la sala del hospital de hace un año, en ese lugar había una puerta; llama azul una tela marrón, porque hace un año había trabajado con un paño azul; o se muestra inextricablemente enojada con Breuer por una observación desagradable que él le ha hecho hace un año. Breuer comenta: “Alcanzaba

con mostrarle una naranja [...] para arrojarla del año 1882 en el año 1881. Ese retroceso hacia el tiempo pasado no ocurría de manera genérica, indeterminada, sino que revivía, día por día, el invierno anterior”.

Habría que destacar que es evidente que tanto en la etiología como en la terapia de la histeria de Breuer y de Freud, lo que está en cuestión es la descripción y solución de problemas relacionados con el tiempo. En la etiología, la histeria se manifiesta como neurosis traumática y cada síntoma representa tanto una fecha pasada como un presente continuo. Y en la terapia, la resolución de los síntomas a través de la repetición de los hechos pasados no ejecuta sino una consecuente datación o predatación de los acontecimientos, reconstituyendo el pasado de lo ocurrido. He ahí el tiempo del saber de la histeria: el pasado está contenido en el presente como un cuerpo extraño; ese pasado no transcurrido está separado de manera estricta y sin matices del tiempo normal; y el sufrimiento ocurre en un tiempo que no pasa, el síntoma es un signo temporal, es decir manifestación o expresión de una duración no transcurrida. En ese sentido, desde Charcot, Breuer y Freud la histeria puede ser comprendida como una enfermedad temporal, quizás como la primera enfermedad que se define por entero a través de la pregunta por el transcurrir o no transcurrir del tiempo. Las antinomias del tiempo, la antinomia entre tiempo que pasa y duración, entre tiempo objetivo y subjetivo, se condensan así en aquellas patologías temporales cuyos ejemplos están dados por la histeria y los histéricos, ejemplos en los que el desorden consiste en una pérdida de una economía temporal única. Recuerdos sin rememoración y signos temporales sintomáticos: ante esta problemática, el naciente psicoanálisis no se revela como una “arqueología”, como pensaba Freud, sino como una ciencia del tiempo normal, como una ciencia que traduce el tiempo fragmentado de los síntomas en órdenes fechables. Se disuelve la simultaneidad de los diferentes tiempos, se instituye el dominio del tiempo estandarizado y se expanden las asincronías de los tiempos hasta ingresar en lo cronológico, en el tiempo lineal y homogéneo de los relojes.

Otro ejemplo, por cierto diferente, que se refiere a la física y, es más, constituye su condición de posibilidad. Se trata del físico vienés Ludwig Boltzmann y de su intento de resolver determinados problemas de la termodinámica. Hacia mediados del siglo XIX, dichos problemas consistían, por decirlo en pocas palabras, en armonizar las dos leyes de la termodinámica y sus diferentes formas temporales. Mientras que el principio de la conservación de la energía sigue siendo compatible con el mecanismo del siglo XVIII y, a más tardar desde Carnot, puede ser descrito como un proceso circular ideal, neutral o insensible al vector del tiempo (y que en el mejor de los casos reconoce un tiempo reversible), el principio de la entropía afirma una constitutiva modificación de los sistemas físicos, una degradación irreversible que solo puede ser representada en dependencia de un tiempo que transcurre irrevocablemente. Los sistemas físicos serían así, a la

vez neutrales y sensibles frente al tiempo; tendrían que presentar procesos reversibles e irreversibles en la misma medida y en el mismo tren, estando por ende sometidos a una antinomia del tiempo. Habría entonces una constitutiva problemática de la representación en lo que se refiere al cosmos, a su historia y su funcionamiento. Probablemente resulte conocida la manera en que Boltzmann trató de describir y de resolver este problema, una descripción y una solución que aquí solo puede esbozarse. Si se adopta una mirada microcósmica y se observa las partículas de una sustancia gaseosa, como si uno fuera un demonio de Maxwell, se reconocerán las leyes de la mecánica, es decir movimientos reversibles y neutrales al tiempo, tal como se dan en todos los cuerpos. Por el contrario, si se adopta una mirada macrocósmica, es decir si se observa un sistema gaseoso en su totalidad, habrá que reconocer que las colisiones casuales de los átomos o de las moléculas, si bien generan diferencias de energía en el nivel local, en términos generales establecen una compensación y un equilibrio en el movimiento de las partículas. En sus *Populären Schriften*, Boltzmann (1979) describió este proceso como el movimiento de un bolillero de lotería en el que se mezclan de tal manera las bolillas negras y blancas que al final resulta una tendencia a la distribución probable, es decir uniforme, es decir entrópica. Con este modelo, Boltzmann no solo introdujo las leyes probabilísticas en las leyes de la Naturaleza; también diseñó lo que podrían denominarse sistemas físicos complejos: sistemas que en realidad funcionan según dos formas temporales diferentes, siguiendo por un lado el tiempo reversible de la mecánica y por el otro, sometidos al devenir, al desarrollo irrevocable, al tiempo irreversible de la entropía. Los sistemas físicos han cobrado así un problema de memoria, pero es más: a partir de este momento, sólo podrán ser explicados como un manojo complejo de diferentes formas temporales.

Tanto la histórica de Breuer como el sistema de Boltzmann pueden ser considerados ejemplares del tiempo del saber hacia el 1900: el tiempo que se adscribe a la fecha 1900 está marcado por una estructura antinómica y es, tal la tesis, un *tiempo histórico*, el *tiempo de la histeria* o bien (por más que la etimología no sea del todo exacta), un *tiempo de la "histeresia"*. Mientras que el tiempo de los *a priori* históricos hacia el 1800 marca el presente del saber con la actualidad de su carácter pasajero, podría comprobarse para el tiempo histórico del 1900 un exceso de presentes y de contemporaneidad: se trata de una relación agonal en la que el régimen del horario universal se topa con presentes interminables, con recurrencias, repeticiones, ralentamientos y detenciones del tiempo, con efectos retardados o diferidos. Lo que hacia el 1800 era un círculo que llevaba del saber de la temporalidad al saber temporalizado, hacia el 1900 se transforma en la problemática de los tiempos no simultáneos y de las resistencias.

III

Quizás pueda consignarse aquí otra transformación que nos ha sido dada por la fecha del año 2000. Mientras que la gran tribulación del siglo XIX consistía en el tiempo que pasa irreversible, y mientras hacia el 1900 el saber se enfrentaba al desafío de las paradojas y las antinomias temporales, hacia fin del siglo XX el saber parece estar determinado por una economía temporal manipulada y sin dramatismo, por un orden en el que el tiempo se ha multiplicado o si se prefiere, espacializado. Los teóricos de los medios digitales coinciden por lo menos en este punto: el tiempo, que sigue pasando, cobra realidad en términos de tecnología del saber desde el momento en que es fragmentado o transformado en unidades discretas, en un compás conformado por nanosegundos: el tiempo es dividido en unidades mínimas, lo que lleva a que se separen el tiempo del trabajo y el tiempo trabajado. El tiempo que se constituye en las nuevas tecnologías del saber, la transmisión y el almacenamiento de datos, se ha transformado en una magnitud fusible, es un tiempo cero y en sentido estricto, acrónico.

Hoy en día nuestras obsesiones parecen girar menos en torno al tiempo que huye o se detiene, cuanto a los órdenes y las fugas temporales. Los indicios son conocidos: el significado que alguna vez tuvo el estructuralismo para el saber contemporáneo, aquella teoría de la distribución que observa la posición y correlación de determinados elementos, un orden espacial que extiende su red a través de los tiempos; o el rol del código en los sistemas operativos y las máquinas simbólicas, un código que en última instancia recurre a una lógica de la distancia y del espacio en blanco, a una topología del “*Da*” (“allá”) y del “*Nicht-Da*” (“ausente”); o la intrincada función de los *loops* temporales en la literatura y en el cine (como en *Matrix* o en *eXistenZ* de David Cronenberg) que fragmentan el aquí y ahora en un aquí y allá, en una simultaneidad del estar aquí y en otro lado al mismo tiempo. La representación de esos espacios paralelos sigue una dramaturgia que no solo pone uno al lado del otro los distintos mundos posibles en un mismo tiempo, sino que adjudica a cada acontecimiento la ambivalencia de un aquí y allá, es decir de una referencia múltiple, de una actualidad múltiple. La posibilidad de manipular los ejes temporales que se daba en los orígenes del cine (como en el caso de la mujer desaparecida en Georges Méliès), aparece aquí agudizada y representada como el potencial operativo de los nuevos medios. El carácter sucesivo del transcurso épico se disuelve en un paralelismo de acontecimientos igualmente posibles: al mismo tiempo, me matan y soy el asesino; al mismo tiempo estoy en fuga y tirado en la cama soñando. Las historias de este tipo no tienen principio ni final, no son representables en un eje temporal. En este caso, la clave reside en que el tiempo espacializado no remite a un espacio de la extensión vacío, homogéneo y abarcable, en el que uno pueda moverse y orien-

tarse de la cercanía a la distancia y de un punto al otro. Por el contrario, el espacio de ese saber es de índole irrevocablemente heterotópica, consiste de puntos y lugares dispares, y se sustrae a una representación en perspectiva: no hay un mundo estructurado y fechable de manera uniforme. Por eso, el elemento crítico de ese espacio no es la distancia, sino el intervalo, es decir un espacio inextenso, puro *spatium*, que estructura las topologías y que genera vecindades topográficas.

Con ese trasfondo también se han modificado el estatuto y la realidad de los acontecimientos. Ahora el acontecimiento ya no es, en nuestro orden del saber, aquello que acontece, que ha acontecido o que habrá de acontecer de manera épica y que por lo tanto posee una fecha. No encuentra su modo de existencia únicamente como un sitio en las coordenadas de tiempo y espacio, no adquiere su ontología de la alternativa entre el sí de su manifestación y el no de su ausencia. Una nueva ciencia del acontecimiento, la estadística, ha probado que los acontecimientos siempre ocurren con una determinada probabilidad y que por lo tanto aquellos que ocurren y aquellos que no suceden no se diferencian en su carácter de realidad. Para este saber, un accidente que ocurre o que no ocurre, una enfermedad que se desata o no se desata, tienen la misma calidad ontológica; y el umbral decisivo en el que se vuelve concreto el carácter del acontecimiento no está dado por la realidad y la irrealidad, la posibilidad y la imposibilidad, sino por el pasaje más o menos probable de lo virtual a una actualización. Es más, algunos campos del saber actual están determinados precisamente por el hecho de que se les adscribe una duplicidad particular, la realidad virtual-actual de sus objetos y acontecimientos: ya sea como coexistencia de caracteres distintivos en un sistema lingüístico que se actualiza en la combinación de un enunciado individual; ya sea como potencial de elementos diferenciales en un código genético, que halla su actualización en organismos y seres. Con Gilles Deleuze (1991) podría decirse que esa virtualidad que contiene como en un repertorio los acontecimientos posibles o imposibles, probables o que ocurren en efecto, es real, pero no actual. Y por eso esa virtualidad es insensible a la afirmación o la negación. No es traducible a los conceptos de lo existente o lo inexistente; constituye más bien un campo problemático que tienen en común los objetos y acontecimientos reales, posibles o incluso imposibles: en esa virtualidad se afirma lo que no está, y se disimula lo que ocurre y sucede. Por eso, el acontecimiento virtual que reside en las estructuras tramadas y las redes de datos, de los que se desprenden los acontecimientos actuales, tiene el carácter de potencial. Es un tiempo infinitamente espacializado y ramificado, tal como lo describió Borges, uno de los grandes pensadores de las realidades virtuales: el acontecimiento como una pirámide abierta hacia abajo en la que la punta, lo que ocurre, se abre al infinito de sus variaciones. Las infinitas ramificaciones –dicha virtualidad– significan que todo acontecimiento que nos toca en nuestro mundo a la vez evoca un sinnúme-

ro de otros acontecimientos en mundos paralelos que no son ni verdaderos ni falsos, sino solamente menos actuales. Lo que ocurre en esas ramificaciones no es por ende un acontecer sucesivo, temporal y natural, sino un acontecimiento indeterminado que se localiza en el intervalo y que se abre a la inconmensurabilidad de un tiempo vacío. Ese presente actual, que pasa como un punto presente móvil y que concierne a los cuerpos que actúan y sufren, se eleva hasta un pasado y futuro acrónicos que contienen el acontecimiento en su virtualidad. Los archivos de datos estadísticos, pero también los fonemas, las estructuras, la información genética o la sintaxis de algoritmos y comandos que bajo condiciones computadorizadas generan, es decir simulan, formas, cosas y cuerpos, caracterizan la realidad ramificada y acrónica de lo virtual. No solo son posibilidades, sino acontecimientos reales virtuales. Son una combinatoria de rasgos incorpóreos, son calidades sin espacio ni tiempo que encarnan en contenidos fácticos actuales y los rodean como un manto de neblina. El orden de nuestro saber, el tiempo del saber hacia el 2000, tal sería una última tesis, es el *tiempo acrónico de los acontecimientos virtuales*. Esto atañe incluso la fecha 2000 y el problema de los circuitos, puesto que 2000 no solo es la fecha en que el calendario, el cambio de calendario mismo se ha transformado en un acontecimiento; por lo demás, esta fecha ya había ocurrido antes de ocurrir: no solo en el campo apocalíptico de los debates en torno al milenio, sino también en los programas de las computadoras en las que el 2000 siempre estuvo inscripto, y por ende pasó de manera simple y sin incidentes, o bien no estaba programado y por ende provocó imprevisibilidades, es decir acontecimientos. En cada caso, la fecha 2000, tanto como acontecimiento cuanto como no-acontecimiento, coincidió con la fecha de su programación, no tuvo un lugar simple en el eje del tiempo. Y quienes mejor lo saben son aquellos a quienes les debemos la normalización y la administración del eje temporal: los trenes del Deutsche Bahn AG reaccionaron ante el posible acontecimiento del 2000 con un no-acontecimiento, simplemente deteniéndose a la hora cero del 2000: un caso de manipulación del eje temporal y un documento de una particular realidad de los acontecimientos virtuales.

De manera muy esquemática se ha intentado aquí poner en relación los cambios de siglo hacia el 1800, 1900 y 2000 con las diferentes formas de saber; mejor dicho: con los diferentes cambios del tiempo en las formas del saber. A través de las nociones del tiempo continuo de los *a priori* históricos, de las antinomias y paradojas del tiempo y del tiempo acrónico de los acontecimientos virtuales se han marcado diferentes fechas que trazan a su vez las fronteras entre el saber y el no saber. Una corriente indetenible de tiempo que inunda los fundamentos de lo sabido; un tiempo indisponible que se resiste a través de síntomas e indicios al horario universal, a la datación universal; y el tiempo coagulado de las virtualidades que solo se actualizan bajo determinadas condiciones: esas son las fronteras

críticas y las demarcaciones frente a las cuales puede preguntarse por el saber como una aguda pregunta dirigida a su temporalidad interior. Esos distintos tiempos realidades han sido, o siguen siéndolo aún, constitutivos de nuestro saber. Pero por sobre todo, han fragmentado nuestro saber y el concepto de su historia: como el tiempo irreversible que se perpetúa en Alexander von Humboldt como historia del presente; como un manojito de tiempos y duraciones que se resisten a una simbolización y datación uniformes; y como aquella virtualidad que sucede con todo acontecimiento como algo no-acontecido, no-histórico. Quizás todo esto no sea más que un intento de esbozar una explicación para la posibilidad histórica de ciertas líneas que escribió Jorge Luis Borges: “Esa trama de los tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan, que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergson, Henri (1994), *Zeit und Freiheit*, Hamburg, Meiner.
- Borges, Jorge Luis (1972), “El jardín de los senderos que se bifurcan”, *Obras completas, I*, Buenos Aires, Emecé.
- Bufón, *Histoire naturelle générale et particulière*.
- Boltzmann, Ludwig (1979), *Populäre Schriften*. Braunschweig: Vieweg.
- Deleuze, Gilles (1991), *Das Zeit-Bild: Kino 2*. Frankfurt/M, Suhrkamp.
- Freud, Sigmund, Josef Breuer (1970) [1875], *Studien über Hysterie*, Frankfurt, Fischer.
- Foucault, Michel (1966), *Les mots et les choses - une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard.
- Humboldt, Alexander von (2004) [1808], *Ansichten der Natur*, Frankfurt, Eichborn
- (1969) [1811], *Atlas géographique et physique du royaume de La Nouvelle-Espagne, fondé sur des observations astronomiques, des mesures trigonométriques et des nivellements barométriques*, Stuttgart, Hanno Beck und Wilhelm Bonacker.
- (1991) [1809], *Versuch über den politischen Zustand des Königreichs Neu-Spanien*, Darmstadt: Hanno Beck
- (1993) [1845-1862], *Kosmos. Versuch einer physischen Weltbeschreibung*, Darmstadt, Hanno Beck.
- Koselleck, Reinhart (ed.) (1979), *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Stuttgart, Klett-Cotta.
- Schmoller, Gustav (1921), *Preußische Verfassungs-, Verwaltungs- und Finanzgeschichte*, Berlin, Verl. der Täglichen Rundschau.
- Vogl, Joseph (1994), “Homogenese. Zur Naturgeschichte des Menschen bei Bufón”, en Hans-

Jürgen Schings (ed.), *Der ganze Mensch. Anthropologie und Literatur im 18. Jahrhundert*, Stuttgart, Metzler.

— (ed.) (1999), *Poetologien des Wissens um 1800*, Munich, Wilhelm Fink.

— (2000), “Zeit des Wissens”, *Dialektik*, 2.

— (2003), “Leibniz, Kameralist”, en Bernhard Siegert y Joseph Vogl (eds.), *Europa: Kultur der Sekretäre*, Zürich y Berlín, Diaphanes Verlag.

Artículo recibido el 15 de diciembre de 2007.
Aceptado para su publicación el 1° de agosto de 2008.